

Adriana Díaz Barea

Las brujas de Macbeth I

EL GUERRERO DE LA OSCURIDAD

Esta novela tiene todos los derechos reservados. No se permite la copia, difusión o apropiación de todo o ningún fragmento sin consentimiento de la autora.

La luz anaranjada de la luna llena proyectaba, con intermitencia, la silueta de una mujer en la pared que había tras ella. Se sentaba inmóvil en el borde de la cama, y a medida que las nubes atravesaban el cielo, liberando la luna, la sombra provocada por la luz se recortaba en la pared que tenía justo detrás, junto a la puerta.

La mujer no era ni joven ni vieja. Contaba con una ambigüedad interesante, ya fuera porque la penumbra suele debilitar los detalles de edad que salpican los rostros o porque, realmente, no era ni una cosa ni la otra. Llevaba el cabello recogido en una trenza larga que le caía con elegancia por el hombro derecho, y sus ojos, de matiz amarillento, iluminaban el camino que la separaba de la ventana a la que se había decidido acercarse.

En el exterior, una neblina rojiza envolvía a una ciudad de altos y estrechos edificios. Sacado de contexto, el paisaje urbano podría inducir a error; cualquiera podría pensar que se encontraba en Nueva York, San Francisco o Philadelphia. Pero el insoportable calor que hacía a principios de febrero situaba a la mujer en una ciudad grande del hemisferio sur. Más concretamente, en Ciudad del Cabo. Hacía cinco años que se había instalado allí tras otros muchos vagando por el mundo, nómada, y allí había vivido con relativa tranquilidad, sola, independiente, sin depender en exceso de nada y sin que nadie supiera de ella nada más que aquello que decidía mostrar. Hasta aquella noche. Aquella noche, todos sus fantasmas, todos sus miedos, se habían conjurado para atormentarla. Aquella noche había oído una voz. Una voz terrible, afilada. Grotesca. Una voz surgida del propio infierno que la instaba a presentarse en la cruz que había en la cima de la tumba de Pirena la noche de luna llena del último día de febrero. Aquella noche, la voz que durante tanto tiempo había rehuido la había encontrado. Y de su embrujo no podía huir.

La tumba de Pirena... La mujer cerró los ojos para reflexionar. Lo hizo con sufrimiento, como si la acción de pensar le causara dolor.

Pirena era un nombre que le resultaba familiar. En algún lugar había escuchado esa palabra. Pirena...

La mujer movió los labios y murmuró alguna cosa en una lengua desconocida. Entonces una violenta sacudida la sacó de su abstracción. La estantería que había frente a la cama había comenzado a temblar con virulencia. Pirena...

Tras unos instantes de indecisión durante los cuales permaneció con los brazos recostados sobre el alféizar de la ventana y la cabeza ligeramente ladeada en dirección a la estantería, la mujer decidió acercarse. El temblor se había intensificado tanto - algunos libros no fueron capaces de soportarlo y se precipitaron contra el suelo - que corría el riesgo de que la descubrieran si no le ponía fin de inmediato.

Tras esquivar de un ágil salto un hermoso jarrón de motivos florales que perdió el equilibrio y terminó rompiéndose en mil pedazos que se esparcieron por el suelo de la habitación, la mujer apoyó la mano sobre el tablón de madera blanca que construía los laterales del estante, y con su gesto detuvo el temblor. Luego cerró los ojos y pasó los dedos sobre los lomos de los volúmenes que todavía permanecían encajados en los estantes.... hasta que se detuvo cuando, de pronto, fue asaltada por la visión de un hombre fuerte y musculoso, envuelto por flamas imponentes, que velaba el cuerpo sin vida de una joven.

¡Pirena! ¡Despierta, Pirena!, gritaba el héroe con infinito dolor. Alertada por aquella visión, la mujer abrió los ojos. Su dedo señalaba el volumen de *La Atlántida*, de Jacinto Verdaguer.

Intrigada, la mujer sacó el libro y lo abrió por una página al azar. O quizás su gesto no fue tan fortuito.

CANTO PRIMERO, leyó. EL INCENDIO DE LOS PIRINEOS.

“Declárase un voraz incendio entre Rosas y Canigó, del que son pábulo bosques y rebaños. El incendio domina el Pirineo del uno al otro cabo. Hércules, después de batir á los gigantes de la Crau, se acerca, y saca de entre las llamas á Pirene.¹”

La mujer leyó el fragmento con atención. No le hizo falta encender las luces. Sus ojos chispeantes fueron suficiente para leer las líneas que explicaban que Pirene, o Pirena, era la mujer que daba nombre a los Pirineos, y que bajo sus imponentes montañas fue enterrada por

¹ Fragmento de *La Atlántida*, de Jacint Verdaguer.

el semidiós Hércules. Sin ninguna duda, la tumba de Pirena hacía referencia a ese lugar: Los Pirineos.

Primera parte

La bruja y el cazador

Capítulo 0:

El montero y la dama del bosque (I)

Monte Hijedo, Castilla y León. Año 1543.

Una alfombra rojiza de hojas secas crujía bajo el paso de un hombre que atravesaba la montaña a lomos de un caballo blanco. Lo hacía con sigilo deliberado, y con la mirada barría la montaña de un lado a otro con atención. Hacía horas se había separado de su grupo de caza y desde entonces deambulaba solo, en su busca.

El hombre vestía con ropa señorial. Llevaba un tabardo pardo, amplio y largo con aberturas laterales por donde liberaba los brazos para sujetar cómodamente las bridas del animal, y cubría su espalda con un capote no muy largo sobre el que colgaba un arcabuz. También llevaba una capucha ceñida a la cabeza más por moda que por utilidad, pues la espesura del bosque casi no dejaba pasar los rayos de sol, y llevaba atravesado un zurrón con provisiones que percutía contra el puñal que había atado a un lateral de la silla de montar de la bestia, junto a una lanza de madera con pico de hierro, y debajo de la cual guardaba una manta por si le sorprendía el frío por la noche. El otoño era traicionero, y aunque durante el día el calor arreciaba en las horas centrales, al anochecer el ambiente se enfriaba repentinamente. Especialmente en el Monte Hijedo, en el norte de Castilla y León, donde los rayos de sol enfermizos no conseguían traspasar la frontera de las ramas.

El hombre detuvo el caballo en una explanada y bajó para tomar un tentempié. Del zurrón sacó una rebanada de pan duro y un trozo de queso, y se apoyó sobre el lomo del caballo para no perder de vista el bosque. Sabía que era peligroso. Las bestias salvajes que lo poblaban se parapetaban tras los matorrales al acecho de conejos y liebres para cazar. Al igual que él. Él también se había adentrado en busca de los mismos animales, y por eso se abrigaba con extrema prudencia.

El hombre se tragó el último trozo de queso y cogió la calabaza vacía donde guardaba el agua. Se disponía a dar un trago cuando sintió un gruñido profundo, cercano y desgraciadamente muy conocido. Atolondrado por las funestas perspectivas que se derivaban de aquel espantoso rugido, el montero se apresuró a atar la calabacita a la silla de montar del caballo. Luego situó el pie derecho en el interior de uno de los espolones y sin perder ni un segundo se dio impulso para montar en la silla. Acto seguido se inclinó sobre el lomo para coger las bridas del animal; Pero sus manos, temblorosas, no fueron lo suficientemente rápidas. En cuestión de segundos, un oso enfurecido emergió de la espesura de los matorrales y se abalanzó sobre el caballo. Sus afiladas pezuñas se clavaron en la piel lisa del animal, que relinchó con dolor, e impidieron que el montero consiguiera arriarlo.

Gravemente herido, el caballo del montero perdió el equilibrio. La fuerza que había mostrado el oso le hizo precipitarse contra la tierra. Con la inercia de la caída, el montero hizo lo propio y rodó unos metros sobre la tierra húmeda. Su cara acabó medio hundida entre las hojas rojizas y su cuerpo, entumecido por la caída. El montero hubiera permanecido tumbado sobre el suelo unos minutos para recuperar el aliento y asimilar el dolor de las magulladuras, pero el nuevo rugido que emitió el oso salvaje le urgió a ponerse de pie inmediatamente. El montero asió la rama desmayada de uno de los árboles que tenía cerca y se ayudó de ella para levantarse. Al hacerlo, el cazador pudo ver al oso con detenimiento: era un oso pardo, gigante, el mismo que unas horas antes les había atacado y provocado que se separara de su grupo de caza. En aquellos momentos, la bestia que le había perseguido hasta allí se erigía gigantesca e imponente. Se había situado entre él y su caballo herido y gruñía en su dirección, amenazante. El montero le observó los colmillos. Su boca era enorme. Calculó que le podría arrancar la cabeza de un mordisco si se lo propusiera. Luego miró por encima del animal salvaje, en dirección a su pobre caballo herido. El cuerpo del oso se interponía entre el animal y el campo de visión del montero casi por completo. Aun así, el hombre pudo vislumbrar que el lomo blanco del caballo estaba sucio de sangre, y que bajo su figura inerte se había formado un charco que había teñido las hojas anaranjadas de un color más oscuro.

El montero llevó la mano temblorosa a la cuerda de la que colgaba su arcabuz. Deseaba liberar a su amado corcel. Ahorrarle el sufrimiento. Pero sabía que todo estaba perdido y que nada podía hacer por el animal. Si quería vivir, debía huir.

Con infinita amargura, el montero arrancó a correr. El oso, al verlo, hizo lo mismo. Ambos, hombre y bestia, corrieron por el camino del bosque durante unos minutos vertiginosos... hasta que el montero tuvo la mala suerte de resbalar. Aquello le otorgó ventaja al oso, que recortó las distancias con él. Cuando lo tuvo a su alcance, el oso sin dudar se levantó sobre las dos patas traseras, dispuesto a asestarle el golpe de gracia. El animal levantó su pata delantera y el montero no pudo evitar cerrar los ojos. Aquello era todo, pensó. Ese era su fin.

El montero aguardó unos instantes durante los cuales apretó los ojos con fuerza...hasta que un grito desconocido le devolvió a la realidad del bosque. Sorprendido, el hombre abrió de nuevo sus ojos. ¡Y cuál fue su sorpresa cuando vio cómo una mujer vestida con un largo vestido azul, sucio de barro en la parte que rozaba los pies, había aparecido de la nada y se interponía entre él y la bestia!

—¡Ya vasta, Colmillo!

Con los brazos en alto, la mujer se enfrentó al oso. Y el montero, que se encontraba paralizado de miedo y estupefacción, no fue capaz de objetar su intervención. Primero fue dura. Inflexible. Gritó con ímpetu y le prohibió acercarse al hombre que protegía con su cuerpo. Al montero le llamó la atención que, pese a que el oso se encontraba nervioso y rugía en su dirección sin cesar, en ningún momento tuvo intención de atacarla. Algo extraño había en la mujer, dedujo el montero. Algo ciertamente extraño.

—¿Se encuentra bien su excelencia?

La mujer había logrado calmar al animal y ahora se dirigía al montero, que yacía detrás suyo. Pero él no respondió. Se encontraba tan hechizado por el extraño comportamiento que aquella dama exhibía que las palabras le habían rehuido la lengua. Todo lo que pudo hacer fue contemplar con estupefacción cómo la mujer se despedía del oso con evidente familiaridad.

—¡Vete, Colmillo! —le escuchó decir—. ¡Vete!

El oso lamió la mano de la mujer, agradecido por su intervención, y, obediente, echó a correr. La dama del bosque le siguió con la mirada

hasta que se aseguró que se perdía entre los matorrales. Entonces volvió a dirigirse al montero, que la miraba desde el suelo con una expresión que no logró distinguir.

—¿Colmillo le ha herido, mi señor?

La dama se había acercado a él y le ofrecía la mano para ayudarlo a ponerse en pie. Pero el montero sólo tenía ojos para admirar su rostro, salpicado de una belleza extraña. Salvaje, hubiera dicho. Como el bosque anaranjado que les rodeaba. Como el oso.

—No... — dijo tras volver en sí y aceptar su ayuda —. Pero mi caballo...

La dama comprendió de inmediato lo que ocurría.

—¿Dónde está el animal?

El montero miró por encima de la mujer. Con un gesto le señaló el camino del bosque que había recorrido en su fuga, y ella, sin pensárselo dos veces, se pellizcó las costuras del vestido y corrió en la dirección que el hombre le indicaba. Él la siguió, algo más rezagado, hasta que llegaron al claro donde estaba su pobre caballo blanco, que se lamentaba con sufrimiento sobre el suelo salpicado de sangre. En seguida la dama del bosque se agachó junto al animal y le susurró algo inteligible al oído. Al igual que había ocurrido con el oso, el animal cerró los ojos dócilmente. La mujer pasó la mano por encima de sus heridas y, mágicamente, las hizo desaparecer.

—¡Santo Dios!

El montero apeló a Dios ante lo que sentía parecido a un milagro.

—Su nombre es Nácar — comentó la mujer en voz alta mientras mimaba el pelo del caballo blanco que relinchaba y agitaba su cola, agradecido —. Nácar, como la pálida luz de la luna reflejada en un charco de agua.

El montero palideció al darse cuenta de la naturaleza de la criatura que tenía delante. Las piernas le fallaron. Por suerte, la dama del bosque fue bastante rápida y se apresuró a sujetarlo.

—¿Se encuentra bien, señor...?

El montero miró a la mujer que le sujetaba. La belleza de su rostro y sus acciones le fascinaban.

—Estoy bien —confesó finalmente.

La dama del bosque le sonrió levemente. Luego cogió las bridas de Nácar y se las entregó. El montero le agradeció el gesto y se quitó el arcabuz de la espalda, que ató a la silla de montar junto a su lanza y su puñal. La mujer, al ver la escopeta, dio un par de pasos atrás en un gesto que no le pasó desapercibido al cazador.

—No os haré daño, mi señora. No debéis preocuparos. Me habéis salvado la vida. En deuda estoy con vos.

La mujer le miró con recelo.

—¿Significa esto que si no lo hubiera hecho me dispararíais o me entregaríais?

El montero de ojos marrones y cejas espesas bajó la mirada.

—Es la ley — resumió él.

—Las leyes no siempre son justas —le espetó ella con menosprecio.

—Las leyes son el instrumento que tiene la justicia para preservar el orden, el equilibrio y la vida, mi señora —objetó el montero—. Y vos, señora, habéis actuado hoy en consecuencia. Decidme: ¿Cuál es vuestro nombre?

La mujer de pelo oscuro y vestido azul lo miró unos segundos. Una chispa de fascinación crepitaba en sus ojos.

—Me llamo... —comenzó a decir.

Pero un ladrido en la lejanía y la voz de varios hombres que gritaban en busca de alguien la interrumpieron.

—Marchaos —le ordenó el montero con urgencia—. ¡Marchaos!

La dama del bosque titubeó. Pero al final, pellizcó las costuras laterales de su vestido azul y se perdió entre los matorrales.

Capítulo 1

La llamada

Finales de febrero. A 4 meses del solsticio de verano.

Era noche cerrada cuando la puerta de madera de una casa antigua, construida con bloques de piedras, empezó a abrirse. Lo hizo con acusada dificultad, chirriando como si se lamentara del dolor que sentía en sus bisagras, estropeadas como las rodillas de un viejo. Quizás por eso la puerta no llegó a abrirse del todo y se detuvo cuando un estrecho corte de luz procedente del interior de la caseta rompió la hegemonía oscura que imperaba en toda la montaña.

En el pueblo de Tuc, en los pirineos araneses, el alumbrado era austero: Había muy pocas farolas esparcidas por la villa y su luz amarillenta y débil apenas conseguía diseminar las tinieblas que engullían a las callejuelas empedradas. La mayoría de las farolas temblaban de frío. La hoja del invierno, afilada como una navaja, cortaba su brillo y congelaba el revestimiento de cristal de las bombillas que debían esforzarse por brillar. Por ese motivo parpadeaban a menudo y no eran muy de fiar. Por otra parte, las farolas que conseguían sobreponerse a la climatología se consumían en la más absoluta quietud. Se fundían en soledad y silencio, sin que nadie prestara mucha atención, algo parecido a un cuadro solitario en un pasillo estrecho.

Aquella noche era diferente y las farolas no brillaban solas. La luna llena, blanquecina y gigante, presidía el cielo punteado de estrellas y se presentaba como el único testigo de lo terrible que estaba a punto de suceder.

En el umbral estrecho y luminoso que estalló cuando se abrió la puerta apareció la silueta de una mujer. Allí permaneció inmóvil, prudente. Quería asegurarse de que la calle se encontraba desierta. Mientras lo hacía, una corriente de aire helado se deslizó por la grieta y le golpeó la cara. La mujer tuvo que cerrar los ojos para protegerse del frío afilado, y aprovechó la ocasión para poner la oreja. Fuera, no

se oía nada salvo el remoto ladrido de un perro y el rumor de unos zapatos que repercutían sobre los adoquines de piedra, en algún lugar no muy lejos de allí.

La mujer abrió la puerta del todo, y ésta volvió a chirriar. Una vez en la calle, pasó la mano por las bisagras frías, como quien mimosa el lomo de un libro con delicadeza, y empujó la puerta, que se cerró suavemente y sin dificultad, como por arte de magia. La mujer, que llevaba el pelo recogido en una trenza larga y llevaba un jersey de lana grueso, un pantalón de pana y una capa oscura, se situó en el borde del escalón de piedra que separaba su casa de la calle y olfateó el ambiente. Olía a montaña húmeda ya leña, comprobó, pero también distinguió el aroma del jazmín, la madera quemada y un inesperado regusto en mar.

Instintivamente, la mujer echó un vistazo a su alrededor. Parecía un lobo que huele el terreno y levanta la cabeza cuando detecta una presencia inconcreta. Todo era oscuro, salvo el pedazo de adoquines que había bajo la farola que se encontraba al final de la calle, junto a la esquina. La mujer detectó que el olor peculiar procedía de ese lado, y afiló los ojos para intentar ver más allá. Fue entonces cuando una procesión de figuras encapuchadas surgió de esa esquina y pasó bajo la farola cuyo haz de luz, delator, iluminó la parte baja de sus rostros, desde la nariz hasta la boca. Andaban juntas y con prisa y, como ella, todas llevaban capas oscuras que flameaban alrededor de sus pies.

La mujer esperó a que la procesión pasara y, tras ponerse la capucha para esconder sus ojos bajo su penumbra, bajó el escalón y se unió al grupo. Atravesaron la avenida principal del pueblo y, al llegar al final, se detuvieron ante una pequeña plaza, en cuyo centro se erigía una cruz de término de piedra donde se hallaba, maniatado y pies, un hombre en pijama con la cabeza caída sobre su pecho. Echó la mujer un vistazo a su alrededor y comprobó que la Plaza de la Cruz del pueblo de Tuc era el punto donde desembocaban las cuatro avenidas principales de la villa, en ese momento saturadas de figuras con túnicas oscuras que, como la suya, acababan de llegar.

Cuando las cuatro procesiones se detuvieron en el mismo punto, junto a la plaza, las figuras encapuchadas empezaron a avanzar y formaron varios círculos concéntricos alrededor del monumento. La mujer, que se encontraba en la segunda fila, apreció que, sobre el

pedestal donde se apoyaba el peirón, había pacas de paja. Levantó la mirada y vio que el hombre que había atado movía la cabeza ligeramente y emitía un lamento casi imperceptible. Desde donde se encontraba, pudo apreciar que el individuo, de pelo gris y nariz puntiaguda, estaba consciente a pesar del grave desfallecimiento. Arrugó la frente, extrañada por lo que veía, y se concentró todo lo que pudo hasta que logró meterse en el interior de la mente del hombre. La mujer hurgó en las profundidades del prisionero y percibió que su alma se encontraba terriblemente dañada. Enseguida reconoció en ese trabajo la huella del oeste y miró a su alrededor con un deje de inquietud. De entre todas las figuras idénticas que había rodeando el peirón, buscaba distinguir a la responsable de aquel trabajo tan bien hecho.

La respuesta se presentó a dos o tres figuras encapuchadas a su derecha, donde se abrió un pequeño pasillo, por donde desfiló una silueta. Sucedió muy cerca de ella, lo que le permitió identificar en su esencia el olor del mar que había notado antes, así como el sutil rastro a castaña tostada. Fue entonces cuando se disolvieron todas sus dudas: el estado deficiente en que se encontraba el alma del hombre de pelo gris y nariz puntiaguda que había atado al peirón y ese olor a salitre sólo podían proceder de una meiga.

La mujer tragó saliva. No estaba asustada, pero le preocupaba la presencia de una meiga del oeste en el pueblo pirenaico del Tuc. No quedarían muchas, reflexionó. Cuatro o cinco, a lo sumo, sucesoras de aquellas que, siglos atrás, lograron huir de las sanguinarias cruzadas que eliminaron de un plumazo clanes tan respetables como el de Zugarramundi, Soportújar o Sort. Las pocas supervivientes de esas persecuciones tuvieron que aprender a vivir escondidas, recluidas en la más absoluta clandestinidad. Algunas consiguieron mantener vivas las reminiscencias de sus clanes; otras se reunieron y pasaron a formar parte del clan de Macbeth, liderado por una refugiada escocesa escurridiza de quien no se sabía mucho más que su nombre. Y muy pocas, como ella misma, decidieron desertar y renegar permanentemente de su condición.

Desde hacía tiempo, la mujer que asistía a la concentración, de filosofía nómada, cambiaba de residencia a menudo, según soplara el viento. Se ganaba la vida comerciando remedios caseros aquí y allá y podría decirse que vivía con relativa tranquilidad, ajena al mundo

que había decidido dejar atrás hacía mucho. O, al menos, así lo hizo hasta que escuchó la llamada.

La mujer se retrotrajo a su pequeña casa de Ciudad del Cabo la noche que puso su vida boca abajo, y se estremeció. Dormía profundamente, sin sábanas, con gotitas de sudor chorreando sobre la almohada cuando una voz le susurró: Cordelia... Cordelia... Cordelia...

Cordelia, que así se llamaba la mujer, recordó que la noche que escuchó la llamada por primera vez se había despertado con brusquedad. Había permanecido un rato sentada al borde de la cama y, desde allí, había podido apreciar el fulgor rojizo que la luna llena empezaba a desprender. Aquella noche, una inquietud se instaló en el pecho y ya no la abandonó hasta el final. Sabía perfectamente lo que ese sueño significaba. La todopoderosa se le había presentado para convocarla en la cruz que había en la cima de la tumba de Pirena. Por supuesto, ella ofreció resistencia. Nunca había estado de acuerdo con el camino que sus hermanas querían emprender y decidió ignorar el llamamiento. Pero escapar de la influencia de la todopoderosa no era tarea sencilla. A medida que pasaban los días, Cordelia era cada vez más débil y la llamada, más insistente. Las noches se hacían cada vez más insoportables, y la voz de la todopoderosa - Cordelia... Cordelia... Cordelia... - era cada vez más insistente. Cordelia se sentía atraída por el llamamiento de forma inevitable, y fue cuando ya no pudo soportarlo más que optó por hacer el equipaje y enfiló hacia los pirineos catalanes, en el pueblo de Tuc, con la absoluta certeza de que allí era donde debía estar. Después de haber averiguado la localización de la tumba de Pirena, descubrió dónde estaba su cima. Primero creyó que se refería a su punto más alto, el Aneto. Pero después de recordar la llamada ató cabos y resolvió que la cima de la tumba de Pirena, en realidad, se refería a Tuc, que quería decir pico o cima en occitano, el único pueblo de la cordillera pirenaica donde se erigía una cruz en su centro. Y fue así como la bruja sucumbió al poder de la llamada de la todopoderosa y, tras tomar dos aviones y un autocar, se plantó en el pueblo de Tuc.

Cordelia recordó todo esto sin quitarle los ojos de encima a la meiga, que se había situado junto a la cruz de término. Entonces se quitó la capucha y descubrió el rostro de una mujer de cara estrecha, ojos oscuros como un pozo, y pelo rizado y frondoso como un arbusto,

del que sobresalían dos pendientes de aro ancho. La reconoció enseguida. Era Lua Esmeriz, última superviviente de la estirpe del clan de Finisterre.

La meiga observó su entorno, como imitando el movimiento de un faro centinela en el océano de sus tierras, y detuvo sus ojos sobre los de Cordelia. Lua Esmeriz le sonrió, visiblemente emocionada al verla. Incluso, oyó su voz en el interior de su mente dándole la bienvenida. Ella, sin embargo, se mantuvo firme. No rompió el contacto visual con la meiga, pero tampoco se molestó en esconder su desacuerdo con lo que estaba a punto de ocurrir. Y Lua Esmeriz, ignorando la actitud desafiante de Cordelia, se dirigió a todas las figuras encapuchadas que circundaban la cruz de término.

–¡Brujas de Macbeth! ¡Hermanas! – exclamó. A su voz le acompañó un trueno que resonó por toda la montaña –. ¡La todopoderosa me ha hablado y me ha pedido que deje las lejanas tierras del oeste para ejecutar la profecía de los espíritus del norte! – una ovación tímida se levantó y una bruja que había en la primera fila le entregó una antorcha apagada –. ¡Mirad el cielo, hermanas! ¡Miradlo! – imitando al resto de figuras, Cordelia levantó la cabeza y vio cómo, detrás de la cruz de término, la luna llena lucía un poco más roja que cuando la vio hacía uno más en Ciudad del Cabo –. ¡Se ha teñido de rojo con la sangre de nuestras hermanas para informarnos de que el tiempo de la todopoderosa ya está aquí! – gritó, apasionada –. ¡Ya falta menos! ¡La noche del solsticio de verano empezaremos el Reino de las Brujas! ¡Viva la todopoderosa!

La meiga escupió con furia en el interior de la antorcha, que se encendió con violencia, y, con la mano que le quedaba libre, cogió el pelo del hombre que había atado a la cruz de término con desprecio, obligándolo a mirar a las brujas que se habían reunido a su alrededor para contemplar su hoguera. Iluminados por la antorcha ardiente, Cordelia apreció que los ojos del hombre se insinuaban tras una fina línea y que su boca entreabierta inspiraba aire con debilidad. Sobre la piel sucia de su cara se podían apreciar los surcos que habían dejado las lágrimas, y un hilo de sangre le chorreaba por la comisura de los labios. El hombre, débil, estaba a punto de sufrir un destino que ella no deseaba a nadie.

–Míralas – le ordenó la meiga al oído, con crueldad infinita, señalando el corro de brujas encapuchadas que rodeaban la cruz de término –. Son las hijas de las brujas que no habéis conseguido quemar.

Algunas chispas de fuego cayeron sobre la paja y encendieron una pequeña llama al borde de los pies desnudos del prisionero, que emitió un lamento estremecedor, esta vez más audible que el de antes. En ese momento, Lua Esmeriz soltó el pelo del prisionero, que agonizaba de dolor, cuya cabeza volvió a caer sobre su pecho y, a continuación, levantó la antorcha flameante, que ofreció a sus hermanas:

–¡Por Adela Macbeth! – celebró, con los ojos fijos en Cordelia. Las brujas respondieron ante ese gesto con los puños elevados hacia el cielo –. ¡Que empiece el Gran Sacrificio!

Sin ningún escrúpulo que se lo impidiera, Lua Esmeriz dejó caer la antorcha sobre la paja. Enseguida las llamas se tragaron al hombre y las brujas reaccionaron gritando, ufanas. Cordelia miró con absoluto espanto en dirección a la meiga, que a su vez contemplaba con éxtasis la ardiente hoguera, de donde se escapaba el aullido de dolor del individuo que se quemaba. Arrugó los labios, repugnada por lo que testimoniaba, y, ante la mirada incrédula del resto de brujas que se habían congregado alrededor de la cruz de término, dio media vuelta y se marchó del ritual.